

# Extramuros

REVISTA LITERARIA

---

LITERATURA EN GRANADA

ESPECIAL RAFAEL GUILLÉN



Nº 32 AÑO VIII  
2003  
DICIEMBRE

# Una introducción a la poesía de Rosaura Álvarez

ANTONIO CHICHARRO

**N**O es sino hasta mediados de los años ochenta cuando Rosaura Álvarez opta por el cauce de la palabra para dar salida a su radical capacidad poética manifestada previamente por la vía de las artes plásticas e incluso con anterioridad por el camino de la música. En 1986, aparece en Granada su primer libro de poesía, *Hablo y anochece*, al que seguirían *De aquellos fuegos sagrados* (Granada, 1988), *Diálogo de Afrodita (en tres tiempos)* (Madrid, 1994), *El vino de las horas* (Valladolid, 1998), *Intimidades* (Córdoba, 2001), entre otras publicaciones y colaboraciones poéticas en antologías y libros colectivos, estando a punto de salir su renovador poemario *Alter Ego*, al que he tenido acceso, hermoso libro que viene a consolidar una trayectoria poética sin concesiones ni desmayos estéticos. Rosaura Álvarez, ser poético total, es, pues, una de las nuestras. Forma parte de la minoría inmensa que habita la ciudadela de la poesía, esa minoría que nutre la resistencia al imperio de las pobres prosas del mercado y del brillante envoltorio de la nada y del pasatiempo que se traduce en ceros a la derecha en los balances económicos de la industria cultural.

Con estas palabras mías, que tienen su origen en la presentación que hice de nuestra poeta y académica en una de las actividades de la Academia de Buenas Letras de Granada, no pretendo otra cosa que guiar al lector más necesitado ante la poesía de Rosaura Álvarez y en todo caso colaborar con estas notas a la difusión de una obra que, por su calidad y belleza, merecen nuestra atención lectora. Comenzaré refiriéndome a algún aspecto de su poética como un modo de aislar claves que nos permitan la mejor aproximación posible a la lógica interna de su discurso creador.

Así, por ejemplo, conviene reparar en que para Rosaura Álvarez, la poesía es el más alto exponente del sentir y constituye a su modo una superior vía de conocimiento a la que nos conducen los silencios de la filosofía. La poesía, para la autora de *El vino de las horas*, es un acto de verdad y cauce de una aspiración de belleza que nunca deja de interpelar al lector y que no se agota nunca. La poesía para Rosaura Álvarez constituye, pues, un superior discurso por cuanto aúna verdad, bondad y belleza, lo que supone una consideración del arte de la palabra como síntesis de los discursos del saber, de la ética y de la estética. Esto explica su definitiva y

madura entrega a la creación lírica y su alto y sostenido aprecio del complejo arte de la palabra como se deduce de las siguientes reflexiones que expusiera con ocasión de su discurso de ingreso en la Academia de Buenas Letras de Granada, discurso titulado *Sobre nueva poesía de mujer en España* (Granada, 2003). Pues bien, allí leemos:

---

*La poesía para Rosaura Álvarez constituye, pues, un superior discurso por cuanto aúna verdad, bondad y belleza, lo que supone una consideración del arte de la palabra como síntesis de los discursos del saber, de la ética y de la estética. Esto explica su definitiva y madura entrega a la creación lírica y su alto y sostenido aprecio del complejo arte de la palabra como se deduce de las siguientes reflexiones que expusiera con ocasión de su discurso de ingreso en la Academia de Buenas Letras de Granada, discurso titulado *Sobre nueva poesía de mujer en España* (Granada, 2003).*

---



*Creo que toda obra artística, que se precie de serlo, conlleva el poder inmanente de la emoción, emoción distinta según el sujeto poético, según el lector de poesía, pero que se reserva un hábito permanente inconcluso, que no podrán cerrar los años, ni los futuros lectores. Un oculto sentido, pero universal, desvelará a través del devenir el valor esencial del poema, la fascinación que nos transmite. Nos acercamos al espacio de la poiesis, ámbito entre lo humano y lo divino, para algunos mágico, donde los límites son ilimitados hasta el punto de que siendo el lenguaje vehículo y protagonista en este acontecer, la misma poesía-palabra nos niega su definición; pienso que lo que se aprehende en un poema sobrepasa el poema y, a su vez, es un todo en él y nada se puede quitar y nada se puede añadir, y en todas y cada una de sus partes se cobija la emoción y en todos y cada uno de sus silencios. El valor intrínseco es innombrable e indivisible. Ante tal realidad, llego a la siguiente conclusión: la belleza artística sólo puede ser objeto de aprehensión. Entiendo, por tanto que no hay poesía masculina o femenina. La poesía sólo debe tener una cualidad inalienable: su bondad artística. Cuando se consigue esto, el poema se alza a través del tiempo.*

Aquí pueden entreverse las grandes líneas de fuerza de su esencial pensamiento estético que nos proporcionarán, como he dicho, algunas claves para la comprensión de su

universo poético y de las piezas poéticas que lo nutren, esos poemas a través del tiempo. Como toda reflexión basada en una genuina experiencia vital creadora y cocreadora, sus palabras son antes que nada una conquista de la razón que ha sabido nombrar la realidad de una experiencia que ofrece toda clase de resistencias a la hora de ser comprendida y mucho más a la hora de ser explicada. Se trata de un pensamiento incoativo y paradójico cuya lógica última proviene de lo que llamamos antes comprensión hermenéutica que comprensión teórica. De ahí que debamos situarnos frente a las reflexiones paradójicas no como espacios de contradicción sino como un modo de nombrar la complejidad del humano proceso de creación poética y su funcionamiento. No en balde asistimos a una reflexión sobre la radical capacidad humana de creación de unos artefactos verbales que conjuran su propia finitud existencial y lo asemejan, pese a su condición de ser mortal, a la inmortalidad de los dioses, lo que ya sancionara poéticamente Juan Ramón Jiménez con el impresionante comienzo de su poema «Espacio»:

*«Los dioses no tuvieron más sustancia que la que tengo yo.» Yo tengo, como ellos, la sustancia de todo lo vivido y de todo lo por vivir.*

Por eso, que nuestra poeta hable de las distintas emociones que guarda y provoca un poema, que se refiera a su radical apertura significativa y a la vez a su sentido oculto, que considere al lenguaje de la poesía como un vehículo signico y como un artefacto verbal cerrado, condición de toda belleza, de inagotable proyección temporal, es un modo de dar cuenta de la complejidad del discurso de la creación poética, discurso que aúna conquista y límite humanos, que cristaliza una significación histórica y se proyecta a todo tiempo siendo lo que es y, ciertamente, más de lo que es.

Esta conciencia de lo que pueda ser la poesía y su inequívoca conceptualización como un superior discurso creador de los seres humanos –hombres y mujeres– late por todos y cada uno de los poemas que nutren la obra toda de Rosaura Álvarez, una obra que surgió madura en plena madurez vital de nuestra autora, tal como supo ver José Espada:

*Rosaura Álvarez esplende hoy sobre el panorama literario español, emergiendo como súbita y cumplida eclosión en su entorno poético granadino, pero la realidad es que viene de lejos en el tiempo, de un antes en que ha ido germinando en ella una poética, inherente a su personalidad artística. Es por ello que cuando se decide tardíamente a publicar no hay balbuceos de inexperiencia, sino madurez lograda. Es, ante todo, una artista integral de refinada sensibilidad en varias direcciones. (José Espada, 1994).*

Estas palabras de Espada nos ayudan a comprender que los comienzos poéticos de nuestra académica carecieron de la indefinición de las obras primerizas. Por eso podemos afirmar que *Hablo y anochecees* su libro poético primero, pero nunca primerizo. Había una larga y sosegada entrega al universo de

la poesía detrás, ya como lectora ya como creadora que dibujaba la música de sus versos en el lienzo del papel. La poesía de Rosaura Álvarez, al igual que su pintura, manan de un único hontanar estético que se alimenta a su vez de una agudísima sensibilidad en perfecto estado de alerta frente a la vida en todas sus vertientes y, muy especialmente, en la taracea de la *vita minima* de los días instalada en el infinito tablero del cosmos, con sus luces y sus sombras, su mundo diurno y el cegador universo de la noche, en el fértil cruce de los espacios de la realidad y del deseo. Sobre estos presupuestos o cimientos se levanta esta poesía de mujer para todo ser humano, poesía que ha cristalizado en los poemarios a que me he referido con anterioridad.

Y ¿de qué y cómo habla esta poesía? Todos sabemos que el camino de la poesía lírica, la preferida senda que recorren los versos de Rosaura Álvarez, acaba por situarnos ante una muy corta serie de preocupaciones y asuntos que podrían cifrarse en las siguientes palabras: el amor, las perplejidades humanas que emanan del yo y de su conciencia de alteridad, de la soledad y de la ambición de totalidad, de la finitud existencial y de los deseos de trascendencia, de la inextinguible llama del arte sin adjetivos y del arte de la poesía en que nos consumimos como aprendices de dioses y muy poco más. Bien es cierto que estos asuntos tienen su distinto tratamiento y desigual presencia en sus respectivos libros. Podríamos establecer dos grandes momentos o etapas en la poesía de Rosaura Álvarez: la que inicia *Hablo y anochece* prolongándose hasta su libro *El vino de las horas*, en el que ya se anuncia, concretamente en parte de los poemas recogidos en la sección titulada «Homenajes», el cambio que sin lugar a dudas representa *Alter ego*, lo que ha estudiado con inteligente pulcritud argumental Juan Varo en el prólogo puesto a este nuevo poemario, quien afirma:

*Son poemas (los de Alter ego) que en su mayor parte se alejan del habitual laconismo de la autora: exclusión de la temática amorosa, desaparición de espacios poéticos abundantes en sus libros anteriores, acercamiento a temas históricos (...) Demasiadas innovaciones para no reconocer detrás de este título una voluntad de riesgo, una vocación de experimentación con nuevos materiales en el tema y en la forma (Juan Varo, en prensa).*

Los lectores somos conducidos a plantearnos tan graves cuestiones a través de un discurso poético de clara contención formal, gran musicalidad, rico léxico ya en uso o ya recuperado del desuso arrastrando con él una tradición poética de estirpe barroca, un discurso que se nutre de lo que llamamos vida, así como de la cultura, siendo incorporada esta última como un ingrediente más de la radical experiencia vital, sin caer en el peor rostro del culturalismo.

En fin, no quiero extenderme más. Sepa el lector que le está esperando un discurso poético de *tanta hermosura y de sufrimiento tanto* que aúna, como he dejado dicho, verdad, bondad y belleza. ■

